

- Varela Ortega, S., 1988, "Flexión y derivación en la morfología léxica", in *Homenaje a A. Zamora Vicente*, Castalia, Madrid.
- , 1990, *Fundamentos de morfología*, Síntesis, Madrid.

Joaquín García-Medall
(Universidad de Valencia)

COLIN RENFREW: *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*. Ed. Crítica, Barcelona, 1990 [Traducción de M^a José Aubet]. 271 pp.

El libro que la ágil y puntera editorial Crítica ha ofrecido al lector español ha constituido un éxito de ventas y público en el panorama de las antigüedades desde hace cuatro años que se publicó bajo el título de *Archaeology and Language. The Puzzle of the Indo-European origins*. No podía ser menos teniendo en cuenta el alto interés que la cuestión de los orígenes de la propia lengua o historia suscita siempre entre entendidos y legos en la materia. Si a ello se añade una presentación bien articulada, un estilo narrativo fluido no obstaculizado jamás por prolijas notas eruditas ni por series interminables de descripciones detalladas de registros arqueológicos, y, por último, la explicitación clara de una hipótesis explicatoria de la gran expansión histórica de las lenguas indoeuropeas por Europa y Asia, no es de extrañar la gran aceptación obtenida por el libro.

El libro pretende dar una solución arqueológica (no olvidemos además que está escrito por un prestigioso arqueólogo) a un problema eminentemente lingüístico, cual es la extensión geográfica considerable de las lenguas indoeuropeas históricas a partir de un núcleo originario mucho más reducido (la *Urheimat* de la tradición disciplinaria), en el que debió de hablarse la lengua común, llamada indoeuropeo, de la que derivan las que encontramos en registros escritos desde el ca. 1600 a. C. hasta nuestros días. Digo que el problema es eminentemente lingüístico, porque a la lingüística compete establecer las relaciones de parentesco entre determinadas lenguas habladas en Eurasia, ya en el primer milenio a. C., desde el extremo occidental ocupado por el celta hasta el oriental representado por el tocario, así como emitir hipótesis acerca del aspecto del indoeuropeo: lengua originaria común de la que proceden las lenguas históricas, que no está registrada por escrito, pero cuyas características estructurales más notables pueden ser reconstruídas por medio de unos métodos muy precisos a partir de la valoración de las relaciones lingüísticas existentes en las lenguas históricas, a cuyo constructo se le denomina "proto-lengua". Mucho se ha discutido entre los lingüistas acerca de la "realidad" de las proto-lenguas, cuestión que está íntimamente relacionada con la confianza en la eficacia de los métodos de reconstrucción de estadios pasados de las lenguas. Los especialistas saben que el paso del tiempo afecta profundamente a todas las estructuras lingüísticas, pero que, si se sabe buscar e interpretar adecuadamente ciertos rasgos, se pueden reconstruir razonablemente bien muchos dominios de la lengua antecesora. Lo que los romanistas reconstruyen a partir de las lenguas romances, el proto-romance, se parece tanto al latín conocido que confiere gran confianza a los métodos empleados por los lingüis-

tas. Pero este ejercicio también indica claramente que el proto-romance no es lo mismo que el latín: en primer lugar, el paso del tiempo ha hecho eliminar en todas las lenguas determinados rasgos, por lo que son ya irrecuperables por los métodos de reconstrucción, como es el caso de la fusión completa entre *a* breve y *a*: larga, de modo que una proto-lengua es siempre más pobre que la lengua real; y en segundo lugar, el léxico puede ser bastante diferente, bien porque se hayan dado innovaciones románicas de carácter general (volveremos luego a este aspecto importante), o bien porque el latín no haya registrado por escrito ciertos términos existentes que aparecen sólo más tarde; en otras palabras, la reconstrucción de proto-lenguas ofrece más seguridad en los aspectos más estructurales y gramaticales que afectan a inventarios cerrados de la lengua (fonemas, morfemas) y menos seguridad en lo que tiene que ver con inventarios abiertos (léxico) y con el uso individual por el hablante de los recursos lingüísticos (frases concretas, textos, incluso sintaxis). Fácilmente se ve que la distancia temporal dificulta enormemente la labor reconstructora y que estos problemas aducidos en el campo románico se multiplican en el indoeuropeo.

A pesar de todas las dificultades, ya desde mediados del siglo pasado a partir de A. Schleicher, los indoeuropeístas han emitido hipótesis acerca de la reconstrucción del indoeuropeo y de las relaciones particulares entre las lenguas indoeuropeas, es decir acerca de la existencia o no de subgrupos dialectales en la gran familia lingüística. Una manera de imaginarse las relaciones intrafamiliares, así como la relación de cada hija con la lengua común, quedó expresada gráficamente en el llamado "árbol genealógico", propuesto por primera vez por A. Schleicher. Fácilmente se comprueba en aquella primera formulación la gran influencia ejercida por la obra de Darwin sobre la especiación de las especies naturales, al concebir la separación como una escisión binaria de cada ancestro y, lo que era más profundo, al creer que el esquema reflejaba fielmente la historia real de las lenguas indoeuropeas.

Un análisis más detallado del material lingüístico comparativo mostraba que determinadas lenguas colocadas en lugares muy apartados en las ramas del árbol presentaban, no obstante, similitudes llamativas no tenidas en cuenta por el esquema arbóreo. De esta manera J. Schmidt propuso, a los pocos años, otra imagen consistente en explicar las innovaciones que presentaban determinadas lenguas como resultado del efecto de cambios que, surgidos en un punto del continuum lingüístico, se difundieron por todo él como las ondas de agua en la superficie de un estanque. Esta teoría recibe el nombre "de las ondas" y no de las "oleadas" como aparece en el libro. Desde el lado lingüístico se vio que esta teoría daba mejor cuenta de las relaciones históricas y aún prehistóricas entre los diferentes dialectos indoeuropeos.

Esta doble visión de la configuración histórica de las lenguas indoeuropeas también tiene un reflejo en el modo de explicar arqueológicamente la desmembración de la patria originaria y la aparición histórica de los pueblos indoeuropeos. No cabe duda de que el modelo lingüístico del árbol genealógico puede adaptarse sin ningún problema al modelo arqueológico migracionista, equiparando cada rama separada en el árbol con una migración a partir del núcleo común originario o secundario. El modelo de las ondas congenia mejor con quienes creen que los diferentes pueblos indoeuropeos antiguos son el resultado de largos procesos culturales de interacción

mutua sobre una base relativamente uniforme. Evidentemente a Colin Renfrew le gusta mucho más este segundo modelo, que el, para algunos, desfasado del árbol; pero creo que lo que realmente encuentra fascinante es la propuesta póstuma de Trubetzkoy, según la cual unas determinadas lenguas euroasiáticas pudieron *devenir* indoeuropeas a través de largos procesos de contacto e interacción mutua; es decir que la naturaleza indoeuropea de una lengua no es un rasgo “heredado” sino adquirible a lo largo de la historia.

Sin embargo, hoy en día ningún lingüista histórico toma en serio este ensayo de Trubetzkoy (Benveniste ya lo criticó al señalar que según esos criterios habría que considerar indoeuropea al *takelma*, lengua amerindia de Oregón) y la mayoría de ellos sigue utilizando representaciones gráficas arbóreas en la localización de las lenguas. Y ello es así porque el árbol genealógico no es tanto la expresión gráfica de la desmembración real del indoeuropeo real, cuanto la del método de reconstrucción de la proto-lengua, en la que se expresa lo que cada lengua ha heredado del nudo arbóreo superior y puede por tanto proyectarse hacia arriba en el árbol. Dicho de otro modo, se trata de una representación gráfica en la que se marca la posición jerárquica de cada lengua en orden a la reconstrucción del indoeuropeo; ello explica que sea un “árbol podado” en el que no se indican las relaciones históricas de las lenguas, sino sólo lo que ha heredado por línea directa del nudo superior. La aceptación del valor de los árboles no significa, sin embargo, la negación de contactos históricos posteriores entre dialectos —precisamente gracias a la clasificación jerárquica podemos discernir las relaciones históricas de las antiguas relaciones originarias—, ni la aceptación de la migración como causa explicativa única. Son realidades no excluyentes.

C. Renfrew parte de unas claras constataciones de índole arqueológica y lingüística —a) en muchos lugares los registros arqueológicos no presentan brucas soluciones de continuidad, b) las lenguas indoeuropeas ocupan un territorio histórico demasiado grande como para ser el originario de una lengua—, combinadas con unos principios metodológicos varios —que se resumen en creer que las migraciones de pueblos a gran escala no son la explicación para el surgimiento de las diferentes culturas materiales, sino antes bien que éstas se explican mejor como resultado de procesos de índole social, en los que el aporte externo es un factor cultural—, para emitir su hipótesis central: la indoeuropeización de Europa y Asia se debe a un proceso demográfico, económico y social de tal envergadura que sólo puede explicarse equiparándola con la neolitización de estas zonas.

Consiguientemente la patria indoeuropea se situaría en las inmediaciones de la zona donde se descubrió por primera vez la agricultura y la ganadería; junto al Creciente Fertil, en Anatolia central y oriental, cerca de donde 5 milenios más tarde se documentará el hitita, coloca Renfrew a los primeros indoeuropeos, los cuales al estar en posesión de una técnica de explotación del medio claramente superior a la de las poblaciones mesolíticas de Europa no hallaron inconveniente en poblar los territorios recién neolitizados con una densidad 50 veces superior a la anterior. Las lenguas de estas gentes mesolíticas sencillamente fueron engullidas, de modo que para el 3500 a. C. ya se hablaban en casi todos los rincones de Europa lenguas indoeuropeas derivadas de aquella originaria de Anatolia de ca. 7000 a. C. En el

capítulo 7º se proponen cuáles pudieron ser las vías y las épocas para esta colonización, que vienen resumidas en un mapa y esquema de las pp. 134-5: *ca.* 6500 colonizan Grecia, de donde salen dos vías, una por los Balcanes al Danubio, luego al norte de Europa y al este de Francia, y la otra por el oeste de Grecia a través del Mediterráneo primero a Italia, luego al Levante español y al sur de Francia, de donde continúa para el oeste de Francia y el norte, lugar donde entra en contacto con la primera vía, para pasar a las islas Británicas.

A continuación relacionaré unas cuantas objeciones de índole diferente, que en mi opinión le quitan toda verosimilitud a la hipótesis: 1. Si la indoeuropeización iba íntimamente unida a la neolitización ¿por qué se paró donde se paró y no siguió indoeuropeizando Finlandia, el Asia Central o el Cáucaso? Lo mismo se podría decir del extremo oriental. 2. ¿Cómo es posible que en el sur de Europa, donde la indoeuropeización fue temprana, se documenten históricamente lenguas no indoeuropeas pujantes como el etrusco y el rético en Italia, el ibérico y el tartesio en Hispania, el vasco en los Pirineos, y posiblemente el ligur al sur de Francia y norte de Italia, mientras que las pruebas concluyentes de lenguas no indoeuropeas en el centro y norte de Europa se reduzcan sólo al picto, en el norte de Escocia? Renfrew admite que en determinadas circunstancias favorables la población mesolítica fuera más numerosa y que sobreviviera a la explosión de las nuevas gentes neolíticas, aprendiendo de ellos las técnicas pero conservando su lengua. La cuestión está entonces en que el modelo no es de aplicación general y no sabemos cuándo se da una sustitución poblacional y lingüística y cuándo sólo una transferencia tecnológica. Si a esto añadimos que hay autores que piensan que en el Mediterráneo occidental la domesticación de cereales y ganado pudo ser un proceso autóctono, como reconoce el propio Renfrew (p. 214), entonces la hipótesis pierde gran fuerza explicatoria. 3. Creo que la documentación toponímica de Grecia y la situación lingüística de Creta en el segundo milenio a. C., con atestiguación inequívoca de topónimos no indoeuropeos como Knossós, Lárissa o Kórinthos, por un lado, y la existencia de una lengua no indoeuropea atestiguada en Creta en las tablillas del lineal A, anterior a la conquista micénica de 1450 a. C., dan la puntilla definitivamente a una teoría que toma a Grecia como cabeza de puente para la indoeuropeización de Europa en el 6500 a. C. La lengua griega está plagada de términos pre-indoeuropeos para referirse no sólo a animales y plantas mediterráneos, sino también a designaciones sociales como el rey o el esclavo, o a buena parte de su panteón mitológico. Mientras los historiadores Heródoto y Tucídides nos hablan de poblaciones prehelénicas cuasi-históricas, las inscripciones "eteo-cretenses" nos ofrecen una muestra de lenguas no indoeuropeas en la Creta del primer milenio. Todo esto no cuadra con una antigua indoeuropeización de Grecia y menos aún de Creta, si como dice Renfrew (p. 143) en la isla no hubo casi población mesolítica anterior a la primera colonización de agricultores-ganaderos procedentes de Anatolia.

De ello se deduce que el modelo de oleada de avance cae en el mismo o parecido error que se achacaba al modelo migracionista: implica una sustitución de población para explicar una innovación radical económico-social y lingüística. ¿No pudo la agricultura y la ganadería transferirse mediante procesos de integración y contacto?

C. Renfrew también propone el mismo esquema para la indoeuropeización de Irán y la India, aunque aquí topa con escollos aún más importantes: 1. Es muy probable que en el Beluchistán se descubriera la agricultura y ganadería de modo independiente (cf. Mehrgahr antes del 6000 a. C.). 2. En el valle del Indo se documenta una civilización agrícola y sedentaria, con alto grado de organización social, incluso con escritura, para poco después del 3000 a. C., que Renfrew identifica como proto-aria, aunque la explicación más sencilla sigue siendo pensar en un pueblo no indoeuropeo, según los relatos propios del *Rigveda*, la prueba de la existencia de la lengua *brabú* de familia dravídica en la zona hasta nuestros días, y la tendencia mayoritaria actual a la explicación de los sellos por el proto-elamita. 3. Pero sin duda alguna, los argumentos más fuertes contra esta hipótesis surgen de la lingüística y nos llevan a la valoración de la situación en Anatolia, es decir, en el propio núcleo originario del indoeuropeo según Renfrew.

Su modelo le lleva a decir que “no resulta sorprendente que el hitita sea una lengua indoeuropea” (p. 144) ni que en la Anatolia del segundo milenio a. C. se documenten otras lenguas indoeuropeas como el luwita o palaita. De todos modos lo que a Renfrew sí debería sorprenderle es: a) que el reino hitita de los llamados por sí mismos *nesitas* se asienta en un territorio, Hatti, donde se hablaba una lengua no indoeuropea, el hático; b) que en la documentación del palacio de Bogazköy aparezca un tratado con el rey Mitanni —reino de habla hurrita no indoeuropea, aunque con clara presencia de elementos arios—, en el que se documentan términos relacionados con la cría y domesticación del caballo de clara asignación indo-aria, como los numerales *panza* “cinco”, *satta* “siete” y sobre todo *eka* “uno”, que se diferencia del iranio *aiwa*; c) que en el primer milenio a. C. aparezcan lenguas indoeuropeas como el armenio en las inmediaciones del lago Van —que en época anterior era territorio de los uraritas— o como el frigio que ha dejado inscripciones inteligibles en época helenística, lenguas ambas que nada tienen que ver con las anatólicas del segundo milenio.

Todo esto es imposible de explicar como el resultado de diferenciación lingüística *in situ* a partir de la primera época nuclear fechada en el 7º ó 6º milenio a. C. Ningún lingüista puede pasar por alto, y menos quien toma en consideración la geografía en modelos de diferenciación dialectal como el de las ondas, las relaciones internas que presentan las lenguas de la zona. Si Grecia al oeste e Irán y la India al este formaron una continuidad lingüística a través de Anatolia, ¿cómo es posible que determinadas características lingüísticas del griego, armenio e indoario como el aumento de los tiempos secundarios, la organización de las formas activas y medio-pasivas de los verbos o la desinencia del gen. sg. de la flexión temática, por poner sólo unos casos, y que todos los lingüistas convienen en valorarlas como *innovaciones* no hayan afectado a las lenguas anatólicas, que se encontraban en medio? Sólo hay una solución: la localización histórica de estas lenguas no es reflejo directo de su situación prehistórica, ya que las configuraciones internas de las lenguas nos llevan a imaginarnos una cercanía geográfica para el griego, el armenio y el indo-iranio, pero no para las lenguas anatólicas. Quienes han pensado que la patria originaria estaba al norte del Mar Negro han tenido que trabajar con la hipótesis de una separación temprana de los anatolios, anterior a la configuración de buena parte del indoeuropeo tardío. Quienes como Gankrelidze e Iwanov, al igual que Renfrew, piensan en un origen

anatólico para el Indoeuropeo, tienen que pensar también en un núcleo secundario para el resto del indoeuropeo no anatólico.

Uno de los métodos más utilizados por los lingüistas desde el s. XIX para localizar la *Urheimat* indoeuropea ha consistido en el recurso a la palentología lingüística: básicamente se trata de escoger como especies directoras aquéllas cuya presencia está razonablemente bien establecida para la protolengua y además tienen una distribución territorial relevante para el establecimiento del ámbito territorial originario. Se han solido citar especies animales como el castor y la nutria o vegetales como el haya y el abedul. Renfrew critica con razón el poder concluyente de este tipo de argumentos, ya que ¿quién puede asegurar que el significado originario de la palabra no fuera el de “encina” atestiguado en gr. *fe:gós*, que después pasara a significar “haya” cuando los indoeuropeos llegaron a las zonas europeas más frías (cf. lat. *fa:gus* ing. *beech*, etc.), en vez de la explicación contraria tradicional? Lo que ocurre es que, si bien cada uno de estos argumentos puede ser criticado por separado, es más difícil hacer caso omiso de toda una plétora de argumentos que apuntan en la misma dirección. Además hay ciertas relaciones léxicas que pueden citarse en apoyo del origen septentrional de las especies originarias; p. ej. la misma palabra sirve para el nombre del abedul en indio, iranio, eslavo, lituano y germánico mientras que en latín significa “fresno”; teniendo en cuenta que la raíz también tiene el sentido de “blanco” se puede pensar que se adecúa mucho mejor al abedul por su corteza inconfundible que al fresno. Si los indoeuropeos fueran originarios de la zona mediterránea conocerían la vid y el vino; es posible pensar que en su colonización hacia el norte se encontraron con tierras donde no crecía la vid y por tanto perdieron estas palabras; de todos modos hallaron un sistema para intoxicarse a base de una mezcla fermentada de agua y miel, que llamaron **medhu*. Lo curioso del caso es que los griegos utilizan un verbo derivado, *metbúo*-, para indicar “estoy borracho” y otros compuestos sobre la misma palabra para indicar la misma noción de borrachera; además se aprecia una relación de *métbu* con el nombre de la “miel” *méli*.

Hay un término crucial para Renfrew, el de la “rueda” o del “vehículo con ruedas”, que suele ser reconstruido para el indoeuropeo y que no cuadra con su idea de una profundidad temporal tan grande para la lengua común, ya que hay que esperar tres milenios a partir del 7000 a. C. para encontrar registros arqueológicos de la invención de la rueda. Por esta razón Renfrew critica la posibilidad de que la comparación lingüística pueda concluirse categóricamente la existencia de tal o cual instrumento, técnica u organización social. Cita un llamativo párrafo del lingüista Pulgram en el que se lleva al absurdo la obtención de consecuencias históricas a partir de la reconstrucción del vocabulario. Dice así:

Si reconstruyéramos el latín basándonos únicamente en la evidencia de las lenguas románicas, ignorando... los demás dialectos indoeuropeos antiguos, y sobre la base del vocabulario románico común llegaríamos a conclusiones sobre la cultura de los latino-parlantes..., podríamos llegar a las siguientes conclusiones: los proto-románicos *regem* e *imperatorem* demuestran que los latinos vivieron bajo una monarquía con reyes o emperadores...; dado que todas las lenguas románicas contienen palabras afines a fr. *prêtre* y *évêque*, los latinos fueron cristianos; las palabras afines a las francesas *bière*, *tabac*, *café* son también románicas comunes, que evocan a los soldados de César

tragando cerveza y fumando cigarros...; y como todas las lenguas románicas llaman a un cierto animal *cheval*, *caballo*, *cal*, etc. y tienen también palabras afines para *guerra*, *guerre*, los latinos llamaron al caballo *caballum* y a la guerra *guerram* y tuvieron que ser sin duda gente guerrera y belicosa con una caballería poderosa.

Asienta Renfrew complacido:

En realidad, claro, las palabras romanas para “caballo” y “guerra” son *equus* y *bellum* y esta maravillosa muestra de reconstrucción absurda ejemplifica los peligros de la paleontología lingüística (p. 77).

En esta cita de Pulgram se han metido en el mismo saco cuestiones bien diferentes: a) ¿quién puede negar que los latinos del s. IV y V no fueran cristianos?, luego no es descabellada sino lógica la presunción de religión cristiana para los últimos períodos de unidad proto-románica; b) que los latinos en sus últimos períodos llamaron al caballo *caballum* no es falso; de todos modos un lingüista un poco más avezado que el torpe que nos presenta aquí Pulgram podría inferir la existencia de algo así como **equus* si se da cuenta de que la hembra de la especie se llama en español *yegua*, en catalán y portugués *egua*, en rumano *iapa*, etc. todas ellas formas derivables de **equa*; ello unido a términos cultos como *equitación*, *equestre*, etc., le darían la pista para sospechar al menos de la existencia de un término diferente que el de *caballum*, aunque no estaría del todo seguro, habida cuenta de la existencia de parejas léxicas como *toro/vaca*; c) el caso de *guerra* presenta un verdadero problema práctico y teórico, ya que se trata de un préstamo del germánico, pero de tal antigüedad que ha afectado a todas las lenguas románicas —excepto al rumano, donde existe *razboi*, aislado frente a las demás lenguas románicas y que nuestro lingüista achacaría a préstamo o sustrato, en realidad es un préstamo del eslavo—. Ello muestra claramente que el método comparativo proyecta hacia la protolengua cualquier innovación que haya afectado a toda la comunidad lingüística por igual, porque, como diría un taxonomista, la trata como si fuera un rasgo simplesiomorfo. De todos modos éste es un claro ejemplo de la diferencia que existe entre las lenguas reales como el latín y las proto-lenguas reconstruidas como el proto-romance; d) los ejemplos de *bière*, *tabac* y *café* ilustran perfectamente cómo el lingüista profesional tiene recursos para no dejarse engatusar por las apariencias: en primer lugar no puede conceder generalidad a los cognados fr. *bière* : it. *birra*, ya que en español, portugués, catalán y friuliano tenemos términos relacionados con *cerveza*; el cognado *café* además de tener una escritura extraña, no presenta la correspondencia fonética esperable para la velar inicial, según la cual a una *ca-* del español y del italiano le corresponde en francés una *che-* (véase *caballo* : *cavallo* : *cheval*); de igual forma a la *-b-* intervocálica del español *tabaco* le correspondería *-v-* del francés o italiano si procediera de **b*, o *-p-* del italiano y *-v-* del francés si procediera de **p* (véase *cabello* : *capello* : *cheveux*). Por medio de estas constataciones, sobre las que está basada la lingüística comparada, uno puede discernir qué es antiguo y qué es un préstamo reciente introducido del exterior o difundido a partir de una de las lenguas de la familia.

El verdadero escollo reside en llenar de contenido semántico preciso la proto-forma reconstruida y en esto el ejemplo románico acerca de *regem* e *imperatorem* es ilustrativo. Pero no hay duda razonable en asignar los cognados del latín *rota*: al indoeuropeo común, aunque no estemos seguros de si el significado es el de “rueda” como en latín, celta, lituano y germánico o “carro” como en indio e iranio. Lo que se

puede decir es que se trata de un término con la máxima difusión geográfica dentro del dominio indoeuropeo y que su estructura presenta rasgos arcaicos, ya que el indio *rátha-* y el avéstico *rabo* piden una proto-forma anterior con laríngeal, mientras que el latín *rota*: manifiesta una relación antigua con el verbo atestiguado en irl. *rethid* "corre" del tipo antiguo documentado en la pareja *tego*: / *toga*:

En el capítulo dedicado a la etnogénesis celta Renfrew se hace una idea del surgimiento de los pueblos y las lenguas célticas por medio de procesos de interacción cultural ininterrumpida desde la primera indoeuropeización ca. 4500 a. C. hasta la época histórica. Ello, al tiempo que elimina la migración como modelo explicativo, pretende dar cuenta de la continuidad cultural que se observa en Europa occidental desde antes del Bronce y de la situación embarazosa que supone la falta de reflejo de la presencia celta en Irlanda en el registro material arqueológico. Para explicar esto último Hawkes hablaba de "celticidad acumulativa", refiriéndose con ello a continuos flujos y contactos de corto alcance entre ambos lados del canal de la Mancha que podían remontarse tiempo atrás.

Aunque influencias entre iguales de este tipo seguramente se dieron en el ámbito celta y gracias a ellas puedan explicarse ciertas isoglosas —quizá el tan manido paso **qu* > *p* del galo y del britónico sea una isoglosa surgida del centro del territorio galo, que no alcanzó las áreas periféricas celtas—, todo ello sólo tiene sentido si se reduce drásticamente la profundidad temporal con que opera Renfrew. Cuando critica la presentación de las lenguas célticas por K. H. Schmidt (p. 194), tachándola de servil con respecto a la concepción arqueológica de Kimmig, no creo que entienda las razones del posicionamiento de Schmidt. Este ni acepta ni rechaza las ideas de Kimmig, sólo piensa que las lenguas celtas *en virtud de argumentos puramente lingüísticos* no debieron escindirse de la unidad celta común hace mucho tiempo, de modo que entre la posibilidad de elegir entre un modelo que le retrotrae la formación del celta dialectalizado al 5º milenio o entre otro que se la presenta en los albores del primero, sencillamente se queda con el último. Pueden verse las últimas opiniones al respecto de este autor en su artículo "Celtic Movements in the First Millenium B. C.", publicado en *The Journal of Indo-european Studies* (1992, vol. 20, n. 1 & 2).

El movimiento de población no tiene por qué ser la explicación única de los cambios culturales, pero que los hubo y que están bien atestiguados en el primer milenio a. C. también es cierto. Por otro lado, ningún lingüista aceptará que una comunidad normal sustituya su lengua por influencias comerciales o culturales externas; el caso de las lenguas criollas, aun siendo muy interesante para la lingüística histórica, no conviene a poblaciones monolingües o bilingües normales, sino más bien a poblaciones muy heterogéneas con muchas lenguas diferentes —p.ej. esclavos de diferente procedencia en el Caribe— sobre las que se impone una superior (inglés, francés, español o portugués) como lengua franca de comunicación. Para una sustitución lingüística tiene que haber aporte poblacional y el aporte propuesto por Renfrew, consistente en la neolitización de Europa, queda demasiado lejos para explicar satisfactoriamente la situación que se nos aparece en los albores de la historia europea.

Las fichas del puzzle siguen sin encajar.

Joaquín Gorrochategui
(Universidad del País Vasco)